

Un nieto de Nicolás Guillén en La Habana de hoy

JESÚS MENÉNDEZ Y BENICIA REYES

Cuando Nicolás Augusto Hernández Guillén, profesor de Estadística en la Universidad de La Habana, concurría en 1994 a un Encuentro de matemáticos celebrado en Gran Canaria, se vio agradablemente sorprendido al entrar a un restaurante donde un grupo de jóvenes vestidos de negro y a la antigua entonaban una letra bien conocida por él:

*“Para hacer esta muralla
Tráiganme todas las manos”...*

Pensó que era algo programado especialmente para él por los compañeros anfitriones y fue a agradecerles el detalle, pero se trataba sólo de un hecho casual. La Muralla –le dijeron– suele estar en el repertorio de La Tuna y también de otros grupos musicales en España.

Nos lo cuenta él mismo en esta tarde (3 de noviembre de 2007) en la terraza de una preciosa casita de Tarará, en las afueras de La Habana, invitados por su propietaria, Alicia Cora, secretaria del Embajador de España en Cuba. Palmeras de todas clases y tamaños, yucas y nónix alargan sus hojas hasta casi rozar nuestras cabezas, mientras un par de cotorras y una cacatúa completan desde sus jaulas y con su extraño parloteo la estampa tropical del conjunto. La casa está en una urbanización protegida policialmente por ubicarse en ella una colonia de niños rusos procedentes de Chernobyl. Allí se están educando mientras se curan de las secuelas radioactivas con deportes al aire libre y baños en el mar.

Nos habla de la Fundación Nicolás Guillén que él preside, con la que se siente ilusionado y adonde llegan documentos y libros de todo el mundo. El poeta cubano fue, como su homólogo Pablo Neruda, un hombre público colaborador de la Internacional Comunista primero y luego de la Revolución castrista. Como enviado cultural de una y otra, se recorrió múltiples veces los cinco continentes, de tal modo, que sólo con seguir sus itinerarios se podría reconstruir la historia política de muchos países a los que llevó los ritmos del Son afrocubano incorporados a la poesía, su más original aportación a la literatura de habla hispana, así como su voz, lenta y grave, de buen recitador caribeño.

Una carpeta de más de trescientas cartas enviadas por él a su familia dan fe de este trasiego constante. En todas ellas se justifica de algo –dice su nieto–: de no estar en casa en tal o en cual momento, de no poder llegar en la fecha prevista... La receptora de casi todas las cartas es Luisa, su mujer, que llevó sola y con entereza las riendas del hogar, suficientemente escéptica sobre las aficiones de su marido como para que, cuando lo oía, ya con setenta años a las espaldas, “quejarse” por tener que ir a algún sitio solicitado por tal o cual institución o a recibir algún premio, le desconcertase con una frase todo el discurso de condolencia: *Oye, oye, ¡que es con Rosa con quien estás hablando!*

No obstante, el poeta ejerció de abuelo con sus dos nietos. Nicolás, el menor, casi no lo llegó a conocer hasta los siete años, tras el largo exilio que sufrió entre 1952 y 1959, año del golpe militar contra el gobierno de Fulgencio Batista. Su padre, médico en Camagüey de donde procedía también el abuelo; y la madre, maestra, que trabajó como correctora de estilo para una editorial y de quien dice haber recibido el cuidado y primor en la expresión lingüística, solían ir con frecuencia a La Habana, mientras él se quedaba a dormir en casa de sus abuelos.

Sabemos que el abuelo lo sacaba a pasear la mañana de los sábados por la Avenida del Puerto donde vivían. Iban a las quincallas, tiendas donde vendían de todo, o a las de la cadena americana Ten-Ten, algo así como el Todo a cien, y a las papelerías a comprar cuchillas para afilar lápices, tarea en la que el abuelo era expertísimo, sólo que no se las dejaba llevar al colegio. Solían comer en el restaurante El Templete sopa de pescado y paella, que el abuelo los acompañaba con sangría y el nieto con camarones. Luego le compraba un helado de tamarindo e iban al cine Rex donde ponían dibujos animados. El abuelo se dormía y el nieto aprovechaba para ver la cinta varias veces.

Recuerda la furia que le provocaba cuando en la redacción de Hoy, periódico en el que Nicolás Guillén colaboró toda su vida, le decía señalando a alguna de las secretarías jóvenes: *¿Qué te parece si la cambiamos por la mamá Rosa?* A él, que adoraba a su abuela.

También lo llevaba a La Bodeguita de en Medio, cuando aún Hemingway no la había popularizado en todo el mundo, y eran sólo escritores y periodistas cubanos los que acudían a tomarse una cerveza y un saladito. En el edificio de al lado un curioso personaje, conocido en la vida cultural habanera de esos años, Felipe Ayllón, había abierto una editorial adonde iban los escritores, y había convencido al dueño de la bodega de que montara un restaurante, con lo cual se convirtió en un lugar de encuentro de intelectuales.

DIÁLOGOS DE LA LENGUA

Un nieto de Nicolás Guillén en La Habana de hoy

Un visitante habitual era el venezolano Miguel Otero Silva que contaba cómo, con ocasión de una gira de Guillén por Hispanoamérica en los años 40, había ido a esperarlo al aeropuerto de Caracas con un fotógrafo y, aunque allí no había nadie más, publicó la foto en el periódico con un pie que decía: *Nicolás Guillén saludando a las masas*.

Nicolás Hernández tiene un hijo, matemático estadístico como él, que trabaja en Canadá en una empresa que hace prospecciones económicas acerca de posibilidades de éxito en futuras inversiones de capital. Macroeconomía capitalista, ved qué ironía –nos dice–Yo entiendo –prosigue– que jóvenes cubanos como él salgan del país buscando mejores condiciones materiales, y espero que no olviden que esos trabajos tan bien remunerados se los deben a la buena formación académica que han recibido en Cuba y que se les ha dado aquí gratuitamente. Los entiendo, pero yo me siento ligado a los destinos de este país desde que muy joven me afilié a las Juventudes Comunistas y aquí seguiré hasta el final. Creo que la solidaridad humana es la única fuerza capaz hoy por hoy de solucionar los grandes desequilibrios que se producen en el mundo, incluidos los problemas que va a acarrear el cambio climático.

–Claro que aquí se han cometido errores ¿y dónde no?. Mirad mi vestimenta (pantalón blanco a media pierna y camisa naranja de buen corte) que a mí me gusta vestir bien y usar buenos perfumes, no me avergüenza reconocerlo. Creo que el Che se equivocó al proclamar al hombre nuevo de la Revolución; el deseo de poseer y de disfrutar de las cosas que nos gustan es común a todas las personas y no es nada reprochable. Efectivamente, ahora que lo dices, mi abuelo chocab a veces con un cierto espíritu que pretendía ser más ortodoxamente marxista. En algunos de sus artículos habla de ello:

Como si para entregarse en cuerpo y alma a ella (la Revolución) hubiese que renunciar a las artes y a las letras, al bien vestir, al bien hablar a los espectáculos hermosos, a las expresiones delicadas y poéticas,, a la cortesía, a la cultura en fin. Dijo Martín que había que ser cultos para ser libres. ¿Por qué no decir también que hay que ser revolucionario para ser libres? Lenin sabía organizar muy bien un sindicato, pero eso no le impidió admirar a Shakespeare y a Balzac.

(Hoy, 5-XII-1962)

Lo que más entusiasmo a Nicolás Hernández y a su mujer, María Virginia, es hablar del proyecto que están llevando a cabo con un grupo de amigos tan animosos como ellos y que coordina Virginia en el barrio de La Timba, zona marginal del centro de La Habana,

habitado por gente humilde, donde la prostitución, el juego, la droga y el alcohol hacen estragos. Allí nació Chano Pozo, mito de la música cubana, pero después el barrio se fue degradando, especialmente a partir de 1991, durante la llamada “situación especial” cuando Cuba hubo de acometer una drástica restricción de su economía tras el derrumbe del campo socialista europeo y la desintegración de la Unión Soviética, con la consiguiente pérdida de mercados y de fuentes de crédito.



Nicolás Guillén y Miguel Otero Silva

Curiosamente en el desarrollo de este proyecto colabora económicamente el Ayuntamiento de Pinto, localidad madrileña, cuyo alcalde, el socialista Antonio Fernández González, se interesó por esta iniciativa. Con esta y otras ayudas han podido introducir en el barrio notables mejoras materiales en el alcantarillado y en el aspecto de las calles, han adecentado los centros de distribución de alimentos y, lo que más les llena de orgullo, han levantado un Centro Comunitario de Salud, limpio y agradable. Este centro se ubica en la planta superior de un edificio donde a su vez se alberga un Centro Cultural situado en la planta baja. Allí acuden niños por las tardes, desde las 5 a las 7, tras su salida del colegio para asistir a los distintos talleres organizados sobre música, sensibilización literaria, dibujo, etc. Este centro acoge a niños desde los tres años –en la actualidad hay unos 170 matriculados–, que participan en los distintos talleres que están en funcionamiento. Inicialmente iban al centro atraídos por las películas que se proyectaban:

–¡Cuenta, cuéntales, Virginia –insiste– cómo comentaba la película *La edad del hielo* el Yillo, ese niño tan desastre y tan travieso, a otro que no la había visto–!

DIÁLOGOS DE LA LENGUA

Un nieto de Nicolás Guillén en La Habana de hoy

Actualmente se sienten atraídos no tanto por las películas cuanto por las actividades en las que participan.

Hace tiempo que en el porche de la casa de Alicia estamos a oscuras, los perros no ladran y las cotorras deben estar dormidas. Volvemos a La Habana recordando a retazos el poema de Nicolás Guillén preferido por su nieto y que ha recitado de memoria con tan buen tono declamatorio como el abuelo:

*Iba yo por un camino
cuando con la Muerte di.
—Amigo— gritó la Muerte
pero no le respondí,
pero no le respondí.*

*Llevaba yo un lirio blanco
cuando con la Muerte di.
Me pidió el lirio la Muerte
pero no le respondí.
Miré no más a la Muerte
Pero no le respondí*

*¡Ay muerte,
si otra vez volviera a verte
iba a platicar contigo
como un amigo:
mi lirio, sobre tu pecho,
como un amigo:
mi beso, sobre tu mano,
como un amigo:
yo detenido y sonriente,
como un amigo.*

RESEÑAS

Una recomendable singladura

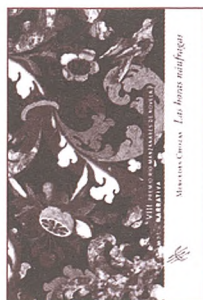
ANA RECIO MIR

PTA. ASOC. ELIO ANTONIO DE NEBRIJA DE ANDALUCÍA

MERCEDES CHOZAS

LAS HORAS NAÚFRAGAS

Editorial Calambur, Madrid.



MERCEDES CHOZAS es una profesora madrileña de español que además escribe y lo hace bien. Una sólida trayectoria literaria y varios reconocimientos avalan su creación: *Palabras de cuento* obtuvo en 1979 el Premio Nacional de Literatura Infantil; *La mirada, la memoria y la voz de Valle*, el Austral y, finalmente, ha logrado el VIII Premio Río Manzanares de novela convocado por la Empresa Municipal de la Vivienda de Madrid, con la novela *Las horas naufragas*, un relato por el que discurren muchos personajes, que se van desvelando a través del diálogo de Herenia y Fernanda. Por la novela desfilan multitud de seres: Peregrina, la abuela Sira —madre de Luisa y abuela de Herenia— que había sido maestra en la Institución Libre de Enseñanza y actriz, Jacinta, el abuelo Santiago aficionado a las

representaciones de Valle-Inclán, y tantos otros que fluyen por estas páginas con maestría.

El abanico de aspectos que recorren estas páginas abarca desde finales del siglo XIX hasta el fin de la dictadura española. Los diálogos de los personajes se entrelazan y ponen de relieve el período histórico en el que transcurren los hechos, la adversidad de la represión, las difíciles elecciones a las que a veces se tiene que enfrentar el alma humana, y, sobre todo, las dificultades por las que atraviesa. Herenia consigue encontrar a tres mujeres que estuvieron en la cárcel con su abuela Sira. El momento culminante es el de su carta a Darío, que, al estar en Finlandia, nunca recibió. Recuerda la difícil elección que tuvo que tomar Meryl Streep en la película *La decisión de Sophie*.

Los diálogos en los que se cifran las tragedias humanas de sus seres tejen una atmósfera llena de poesía y realidad, de sueños, dramas y esperanzas. El cincel con que se precisa la psicología de los “habitantes” de este libro, su atmósfera lírica, la difícil y lograda estructura, así como la elegancia de su lenguaje, hacen recomendable la lectura de esta novela a jóvenes y a adultos con la certeza de leerla sin naufragar. Como muestra, un “botón” de la misma, en la que el abuelo Santiago le dice a sus nietos: “Envejecer es despedirse. Cuantas más despedidas se viven, más se envejece. Cuantos más abandonos, más viejo se hace uno por dentro y por fuera. ¡Eso es envejecer!”. ■